

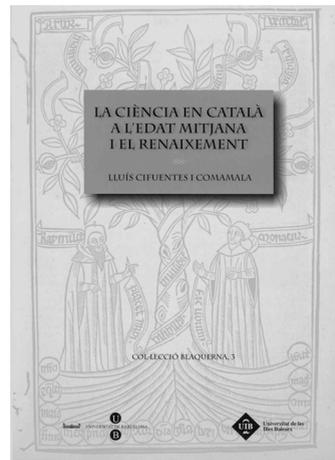
## RESEÑAS

LLUÍS CIFUENTES I COMAMALA, *La ciència en català a l'Edat Mitjana i el Renaixement*, Barcelona-Palma de Mallorca, Universitat de Barcelona-Universitat de les Illes Balears, 2002, 422 pp.

A ninguno de nosotros se le escapa que la reconstrucción de nuestro pasado medieval y renacentista en relación con diversas áreas del saber tales como la medicina, la astronomía/astrología o la historia natural, por ejemplo, no podía estar completa hasta que la historia de la ciencia, demasiado ensimismada durante mucho tiempo en lo que se transmitió a través de las grandes lenguas clásicas, volviera sus ojos hacia un vasto patrimonio que prefirió la «simplicidad» de las lenguas vulgares para su difusión. De ahí que sean tan de agradecer los trabajos que nos ayudan a ir desentrañando los entresijos de todo ese apasionante mundo, tan sólo muy parcialmente conocido, para el que la historiografía reserva el término de *vernacularización* de la ciencia. Y, entre los que sólo vamos a destacar, los que ha impulsado William Crossgrove fuera de nuestras fronteras por su gran entusiasmo para promover el ocuparse en estos menesteres.

El libro que ahora nos ocupa es uno de esos trabajos; una obra que nos ofrece una visión panorámica del mundo relacionado con la ciencia en catalán, una de las lenguas vernáculas que más tempranamente accedió al estatus de lengua apta para la transmisión de contenidos especializados. Para poderlo tener entre nuestras manos ha sido necesario que su autor realice durante años una minuciosa tarea de pesquisa en archivos y bibliotecas y un posterior análisis paciente y concienzudo del material encontrado. Un cometido que Lluís Cifuentes inició hace ya una década durante su estancia formativa en París y del que nos había ido adelantando algunas informaciones en unos cuantos artículos. Ahora, sin embargo, nos ofrece ya la necesaria visión de conjunto que permite que nos hagamos una idea bastante aproximada de cómo y por qué sucedieron las cosas. Y lo hace con un estilo sencillo, comprensible —se puede apreciar fácilmente que es un libro muy bien escrito, aunque el catalán no sea la lengua materna del lector—, pero con la ponderación y la precisión que sólo tiene quien conoce muy bien de lo que está hablando.

Tras una introducción en la que se repasa la historiografía sobre el tema (pp. 9-24), el libro se estructura en dos grandes apartados. En el primero de ellos (pp. 25-79), se analizan los fundamen-



tos generales sobre los que se sustentó la vernacularización de la ciencia, así como la forma en que ésta sirvió como importante puente intelectual y social para personas pertenecientes a sectores extrauniversitarios que, a pesar de tal condición, valoraban y se sentían atraídos por los saberes emanados de la universidad. Como decimos, en este gran bloque se pasa revista a los factores de todo tipo que permitieron y potenciaron el acceso de las lenguas vulgares a la transmisión científica: en qué contexto intelectual y social se produjo ésta, a qué necesidades respondía, qué fines cumplía, cuál era el público al que los distintos géneros iban destinados... Al hacerlo, Cifuentes pone de manifiesto hasta qué punto fue complejo todo este proceso; pero, además, desvela datos importantes que van más allá de la historia de la ciencia y que deberían tener en cuenta los historiadores de la lengua y los de la traducción. Éstos, no han solido contar para construir sus discursos más que con los textos literarios. Sin embargo, con la incorporación a tales discursos de los escritos científicos, hay muchos detalles que se deben revisar, empezando por los de índole temporal: en el caso concreto del catalán, se habría ignorado toda una etapa de traducciones de textos científicos llevada a cabo entre las últimas décadas del siglo XIII y la primera mitad del siglo XIV (pp. 54-55). Del mismo modo, contar con tales textos, les permitirá conocer mucho mejor aspectos tales como los que se relacionan con el mecenazgo de la producción de obras, originales y traducidas, así como otros que tienen que ver con el oficio de traductor, su formación, su competencia lingüística o sobre la teoría de la traducción (p. 56 y ss.).

El segundo gran bloque del libro (pp. 81-316) constituye un extenso catálogo de las obras científicas que sabemos circularon en catalán durante la baja Edad Media y el primer Renacimiento, tanto de las que se conservan como de las que sólo tenemos pistas indirectas de su existencia procedentes de documentación de la época, excepcionalmente disponible en el caso del catalán. La información que se ofrece se distribuye en dos gruesos capítulos. El primero de ellos, dedicado por completo al mundo de la salud, nos ofrece una clasificación —muy útil para quienes quieran trabajar sobre estos temas en otros ámbitos lingüísticos— de los distintos tipos de géneros a los que pertenecen los textos médicos escritos en vulgar: regímenes de sanidad; tratados de peste; libros sobre enfermedades de los ojos o con contenidos de tipo obstétrico y ginecológico; antidotarios y recetarios; tratados de anatomía y de cirugía; y escritos sobre ética médica. El capítulo se completa, además, con un apartado dedicado a la salud de los animales. Por su parte, el segundo de los capítulos de esta segunda parte, agrupa bajo el título «El món que ens envolta», los textos pertenecientes a distintas áreas del saber —no incluidas propiamente en el ámbito de la salud—, como son la filosofía natural; la astronomía/astrología; la magia; la alquimia; libros de viajes, cartografía y navegación; la historia natural, la agronomía y la cocina; aritmética, monedas y otros conocimientos relacionados con el comercio; o los oficios y la técnica.

El texto, que va salpicado por varias tablas que nos ayudan a aprehender los contenidos, se completa con un índice onomástico imprescindible en una obra de este estilo y con una extensa bibliografía en la que destacan las propias contribuciones anteriores del autor, a este mismo tema.

Los cánones obligan a que, además de los gozos, pongamos también de manifiesto las sombras que pueda haber en la obra, lo que, en este caso, no nos resulta fácil, porque tales sombras no abundan, o nosotros no somos capaces de detectarlas. Quizá una de ellas tenga que ver con el ligero desajuste que se produce entre el título, en el que aparece recogida la palabra «Renacimiento», sin ningún tipo de acotación, y el contenido real del libro, que se ocupa del periodo medieval y la primera parte del renacentista. Para que nadie se confundiera, se podría haber aquilatado mejor en el título la época de la que se iba a tratar; algo, que por otra parte, queda plenamente establecido y justificado en la introducción de la obra. Por otro lado, podría interpretarse como otra sombra la relativa disparidad que se encuentra entre lo que en este libro ocupa la medicina y lo que se dedica

al resto de los saberes. Al margen de que, como el propio autor adelanta en la introducción (p. 21), nadie domina todo, por tanto, nadie puede conocer con la misma profundidad unas áreas y otras de las muchas que se estudian en esta obra, el esfuerzo que Cifuentes ha realizado para tratarlas todas, no sólo ha sido extraordinario, sino que además, los resultados que de él se han derivado y que aquí nos presenta, son más que correctos. Esto sin contar con que el desequilibrio a favor del ámbito de la salud es real en la producción científica en catalán en el periodo estudiado, dado que la medicina actuó como el motor impulsor del proceso de vernacularización en este territorio lingüístico, estrechamente relacionado con Montpellier y con Italia. En cualquier caso, las puertas no están cerradas y *La ciència en català* puede resultar un magnífico acicate para que otros investigadores se adentren en el estudio de áreas, hasta ahora menos exploradas que la de la salud.

No son, como se ve, grandes objeciones las que hacemos. Estamos, además, plenamente convencidos de que Lluís Cifuentes verá colmadas las esperanzas que manifiesta en el epílogo de su obra, pues ésta será útil para la historia de la lengua y de la cultura catalanas, como lo será, igualmente, para la historia de la ciencia que se ocupa específicamente de las zonas en que se habla esa lengua. Sin embargo, esta utilidad no quedará restringida a ese estrecho marco, sino que se extenderá a otros dominios lingüísticos: porque el modelo explicativo que propone, con todas las matizaciones que sea necesario imprimirle, tiene una validez general y servirá, junto a las múltiples informaciones que en este libro se proporcionan, para la realización de futuros estudios comparativos. Lo único que falta es que nos dejemos atrapar por la lectura estimulante de *La ciència en català* y emprendamos después, con los mismos métodos renovados y amplitud de miras con que aquí se ha hecho, el estudio serio y sistemático de otros fondos documentales que, hace siglos, nos están esperando.

Bertha Gutiérrez Rodilla

JUAN PIMENTEL. *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Madrid, Marcial Pons, 2003, 344 pp.

Cuando los críticos y algunos escritores envidiosos querían injuriar a Javier Marías, motejaban a sus novelas de anglosajonas. El insulto se convertía, sin quererlo, en alabanza. Frente al casticismo de muchos narradores españoles aparecía el europeísmo universalista del joven Marías. Pues bien, en el mismo sentido, este ensayo parece anglosajón. Los historiadores ingleses tienen especial cuidado con la redacción de sus textos, los dirigen al público en general, sin olvidarse de la crítica ni de sus colegas. Muy a menudo se ocupan de problemas universales. Aunque historiadores franceses, italianos o españoles parten de planteamientos parecidos, los ingleses destacan por el cuidado en la sintaxis. El que la historia sea o no una ciencia está sometido a constantes y tediosas discusiones. Su carácter de género literario no debería discutirse jamás. En España son frecuentes los libros de pensamiento. Son escasos los que utilizan argumentos históricos. Más aún si se ciñen a la historia de la ciencia. Francamente raros si tratan de entroncar la tradición científica nacional con la de los demás países de su entorno.

El libro que comento participa de todas estas características. Para poderlo llevar a cabo, el autor ha recurrido a la gran eclosión de estudios eruditos sobre la Ilustración de estas últimas décadas, a sus propia experiencia investigadora y al amparo ofrecido por la tradición ensayística del grupo en donde realiza su trabajo. A partir de un primer capítulo en donde parece aceptar los paradigmas



impuestos por la historiografía post ilustrada y por los mejores historiadores de los últimos tiempos, con respecto a la ciencia y sus escenarios, en los siguientes se dedica a sugerir nuevas conexiones, nuevas interpretaciones, nuevos enfoques. Para ello utiliza la literatura de viajes, algunos tratados científicos y la literatura sin más, observados con una mirada extraordinariamente original. Si no he entendido mal, para el autor la brecha entre los estudios humanísticos y científicos estaría sólo en los manuales. Los científicos, pese a sus intentos de ampararse en un lenguaje propio y riguroso, verían sus interpretaciones impregnadas por sus propias creencias y posturas intelectuales. La ciencia describiría la naturaleza, pero lo haría impulsada por la formación preexistente de los científicos, con lo cual la carrera hacia la verdad se vería constantemente inconclusa. Todas las ciencias estarían, permanentemente, en el estado precientífico que nuestros antecesores atribuían, por ejemplo, a la alquimia. Si la ciencia es una inacabable búsqueda de la verdad, la literatura o la historia lo serían también, con lo cual el autor se coloca en un lugar antagónico al de cualquier positivismo. Una insinuación tan atrevida, todavía ahora,

hubiera sido imposible si el análisis se limitase al campo de la ciencia, de una disciplina científica o al de una sola cultura. Al ampliarlo a diversas ramas de la historia natural, a la literatura, a la cultura española, inglesa, italiana y americana, los resultados son otros.

Para quien en este tipo de libros busca sólo información puede encontrarla en diversos lugares. Especialmente sugerente resulta el capítulo dedicado a los gabinetes de maravillas.

Quien desea orientarse sobre la manera de construir una cultura europea, aquí puede toparse con un buen ramillete de argumentos. Acaso a Paolo Rossi le interesaría observar el tratamiento otorgado a las prácticas científicas españolas y no sólo durante el Siglo de Oro.

En este aspecto, sin embargo, cabrían algunas mejoras. Todos somos muy dados a las citas en idiomas diferentes al castellano. Aquí las encontramos en inglés, francés, alemán, latín e italiano, acaso para subrayar el esfuerzo requerido en la construcción de una cultura europea. Pese a lo dificultoso de las traducciones, tan relacionadas con las traiciones, los libros en castellano deberían escribirse en ese idioma en su totalidad y dejar las citas literales en otros idiomas para las notas. Es evidente que un ensayo de estas características tendrá admiradores y detractores. Es evidente, también, que uno se encuentra entre los primeros.

Javier Puerto

PIERRE DUHEM, *La teoría física, su objeto y su estructura*, Barcelona, Herder, 2003, 442 pp.

Aunque parezca sorprendente, hay que resaltar la novedad de la presencia de este libro de Duhem (1861-1916), aparecido en 1906, que fue ampliado con dos artículos más en su segunda

edición, dos años antes de su muerte (edición vertida hoy al castellano). Pues no ha tenido ningún éxito de traducción el autor de *El sistema del mundo*, ese trabajo inmenso, y en parte envejecido, que comenzó a publicarse en 1913 y se concluyó mucho después, en 1959, cuando el sistema europeo de ideas había cambiado decisivamente.

Con todo, este parisino, enseñante en provincias de física (sus *Lecciones de electricidad* lo delatan) y, desde 1894, profesor en Burdeos de física teórica, participó notablemente en las discusiones acerca de la ciencia que se dieron en el crucial paso del siglo XIX al XX. No en vano *La teoría física* tiene como referentes próximos los hallazgos de Maxwell o de Hertz; y además su autor apela directamente a conceptos de Mach, enunciados hacia 1900, o diálogo con los argumentos de Poincaré de esos años (*Principios de la mecánica; Ciencia e hipótesis*), o más rápidamente con los de Hadamard y Abel Rey. Lo que significa para nosotros, al mismo tiempo, tener presentes las ideas de Couturat y Russell, así como los debates lanzados por Boltzmann y formulados por el joven Cassirer en esos años.

Ahora bien, en realidad este curioso conjunto de artículos, aparecidos inicialmente en 1904 y 1905, ofrecen hoy una panorama desigual. La segunda parte de *La teoría física*, que se refiere a la estructura de dicha teoría, supone una secuencia más esperable en este 'positivista'. Pues hablar de cantidad y cualidad, del valor de las hipótesis, de la deducción matemática y sus problemas, de las relaciones entre leyes físicas y experimentación, todo ello, forma parte de una convencional presentación de quien —en efecto— tiene una idea ordenadora atemporal para la ciencia que se resume en: 1) el desciframiento de las leyes físicas y su cuantificación, 2) la construcción de hipótesis, 3) el despliegue matemático correspondiente y 4) la confrontación entre teoría y experiencia. Lo que supone un plan demasiado esquemático para ser aceptable (la matemática hace siempre de *formador* del concepto), y sin embargo está desarrollado con una riqueza verbal que lo distingue de los esquemas y propuestas de cualquier neoeempirista del presente.

De mayor provecho es la amplia primera mitad. Ahí, partiendo de la idea de física como representación, habla Duhem críticamente de las explicaciones metafísicas (al igual que Mach o Boltzmann), con el interés añadido de ser un defensor de posiciones neoaristotélicas, y de haber revalorizado —no sin problemas— la física medieval. Luego, expone su idea de clasificación natural, y analiza las relaciones de aquella noción representativa con la historia de la física; gira en torno a los problemas que suscitan las teorías más abstractas y los modelos mecánicos. Pues bien su curioso 'cualitativismo', que parte de la termodinámica y que se niega al giro atomista, tiende a resaltar ese problema tan escurridizo de la *representación* como empuje fundamental de su disciplina física, vista ésta como una construcción que se dedica a resumir y a clasificar. Por ello, Duhem da vueltas a la idea de Mach de la teoría como *economía mental*, y asimismo el francés habla de que si la teoría es representación económica de las leyes asimismo supone una especie de *clasificación* de dichas leyes, si bien no conviene cerrarse en ésta.

La noción de *repertorio* era básica en Mach, para quien la representación científica procura ofrecer un inventario total de hechos y leyes en cierto ámbito disciplinar; esto es, un inventario «preparado de un modo simple y manejable». Pero la ciencia aparece convertida en una caja de instrumentos en cuanto el mundo se percibe como una colección de reglas. En 1910, Cassirer escribirá un libro que tuvo resonancia



en los medios científicos, *Concepto de sustancia, concepto de función*, donde polemizaba con Mach, recordando que un inventario es un esfuerzo insuficiente y que describir un suceso natural supone explicarlo en todos los sentidos. Por supuesto que Duhem, mejor formado históricamente que el vienés, sabía que un planteamiento sensualista acaba recurriendo a las ideas que niega explícitamente; y de ahí que buscara superar su mirada. Pues un positivismo como el suyo pretendía adelantarse a la experiencia (el núcleo verificador decisivo, insiste), e ir más allá de la mera *clasificación*.

Esta pretensión teórica imposible, dado su planteamiento inicial y sus dudosos criterios temporales, tiene un grato anverso. La lectura de *La teoría física* nos permitirá ahora consultar, a la vez con menos precauciones y con más seguridad, *El sistema del mundo* o los —significativos en un cualitativista— *Estudios sobre Leonardo de Vinci*, que le ocuparon desde 1906 hasta 1913. La extensa obra de Duhem para el historiador de la ciencia está plagada de noticias y de argumentos de sumo interés, si bien al mismo fue a menudo víctima de la mentalidad de un científico formado en el último tercio del siglo XIX y provisto con los resortes positivistas de entonces; precisamente de esos los que huyeron personas tan dispares como Husserl, Musil o Einstein.

Mauricio Jalón

VÍCTOR GUIJARRO MORA, *Los instrumentos de la ciencia ilustrada. Física experimental en los Reales Estudios de San Isidro de Madrid (1770-1835)*, Madrid, UNED, 2002, 215 pp.



La revolución científica, la ciencia moderna supuso la necesaria introducción de instrumentos en la investigación y la enseñanza. Galileo necesitó el telescopio y los microscopistas, las lentes de aumento. Se inician especialidades, saberes y métodos nuevos con la moderna instrumentación. La Academia de Matemáticas de Felipe II tenía instrumentos, que luego se incorporan a los del Colegio Imperial, que se convierte con el tiempo en San Isidro. Importantes compras del siglo XVIII —una vez más de Jorge Juan—, se siguen en el XIX en el instituto de secundaria. Víctor Guijarro analiza lo que es la física experimental en nuestra Ilustración y su distribución por diversas instituciones, jesuíticas, médicas, quirúrgicas, así como en academias y tertulias. Analiza con cuidado su fabricación, su uso y su empleo en la enseñanza e investigación. También ha sabido mostrar los que se conservan en el Museo Nacional de Ciencia y Tecnología, que tiene una magnífica política de conservación y compra de instrumentos, de catalogación y estudio. Sus fondos, ampliados con ricas aportaciones posteriores,

permitirían un rico museo en el que se explicase la ciencia de forma hermosa y divertida, pero a la vez histórica y científica. Sería importante que pronto tuviese un edificio adecuado para poder ser visitado y los instrumentos expuestos en toda su belleza y todo su interés.

José Luis Peset

RAFFAELLA SELIGARDI, *Lavoisier in Italia. La comunità italiana e la rivoluzione chimica*, Florencia, Olschki, 2002, 410 pp.

La conmemoración del bicentenario de la muerte de Antoine-Laurent Lavoisier, acaecida de forma trágica el 8 de mayo de 1794, ha sido el germen de numerosos encuentros científicos y de la publicación de una inusual cantidad de trabajos en relación con la historia de la química en el paso del siglo XVIII al XIX, germen que no ha agotado aún sus frutos. En este contexto, nace el libro que presenta la joven pero prestigiosa profesora del Departamento de Filosofía de la Universidad de Bolonia, Raffaella Seligardi, continuadora de los trabajos ineludibles de Ferdinando Abbri (más centrados en la Toscana) y, hoy en día, autora de referencia sobre dicho tema.

Su *Lavoisier in Italia* (que aparece en la Biblioteca di Storia della Scienza, dirigida por Paolo Rossi y Walter Bernardi) es el fruto de numerosos años de investigación (considérese la fecha del bicentenario) y aporta un volumen de informaciones nada desdeñables si se quieren conocer las relaciones que los químicos italianos de finales del XVIII mantuvieron con sus colegas europeos y la consideración que de la nueva química hicieron.

En una primera parte, la autora estudia el panorama en distintos estados italianos: Venecia, Pavía, Turín y Bolonia. Capítulo a capítulo analiza las circunstancias políticas de cada uno, la situación de sus instituciones, la existencia de iniciativas privadas unidas a intereses económicos determinados (farmacia, mineralogía, botánica, fisiología), la dotación de los laboratorios, los científicos que trabajaban en ellos, etc. Igualmente repasa la obra de dichos científicos y la relaciona con los nuevos descubrimientos, las nuevas teorías y la nueva nomenclatura (cuestión destacable y destacada), dibujando así un muy completo y complejo escenario. El

caso de Bolonia (que por aquel entonces pertenecía a los Estados Pontificios y presenta la actitud más reactiva a la nueva química) merece mención aparte, ya que hasta ahora solo había sido estudiado marginalmente. Seligardi, muy documentada, confecciona un texto más que meritorio, pero que abarca todo el siglo XVIII y que desborda el planteamiento general del libro, lo que no desmerece su valor científico. Por contra, la autora acierta colocando al final de cada capítulo unas conclusiones que resumen y esclarecen los contenidos.

Pero lo que más sorprende de este libro es el impresionante trabajo de documentación que requiere «La Comunità scientifica italiana», su segunda parte. La profesora boloñesa se arroja a la ingrata tarea de rastrear y registrar de forma exhaustiva la presencia de comunicaciones italianas en las publicaciones científicas francesas (*Journal de Physique* y *Annales de Chimie*) y de comunicaciones nacionales y extranjeras en las publicaciones italianas (*Opuscoli Scelti*, *Biblioteca Fisica d'Europa*, *Annali di Chimica*, etc). De todo ello se deduce la existencia de una tradición química consolidada en los estados transalpinos, tradición impulsada por la mineralogía, el análisis de aguas minerales, la farmacia, la medicina y en menor medida la neumática. El aislamiento intelectual italiano de las corrientes más fructíferas del pensamiento científico europeo (como defendió Pietro Redondi) y el atraso teórico de autores como Brugnatelli no parecen ahora sostenibles. Más bien, quedan documentados los canales de comunicación con Francia, Alemania, Gran Bretaña, Países



Bajos y, en menor medida, con España, Suecia (patria de Scheele y de Bergman), Hungría e incluso Estados Unidos.

«La cuestión del fósforo» suscitada por la difusión de las desconcertantes 59 experiencias de J.F.A. Göttling ocupa el tercer capítulo de esta segunda parte. Igualmente se describe la interpretación de Brugnatelli, y la respuesta elaborada por Spallanzani, fruto de 500 experiencias, que merecieron la publicación en los *Annales de Chimie* parisinos, la más influyente publicación química de la época (fundada, por cierto, por Lavoisier en 1789).

En «el controvertido centelleo en el vacío» la autora completa los trabajos de Virgilio Giormani sobre esta *querelle* surgida en 1792 acerca de la posibilidad de producir chispas, bajo ciertas condiciones, en el interior de una máquina neumática. La aparición de documentos inéditos conservados en la Universidad de Bolonia demuestra que las instituciones científicas boloñesas no permanecieron indiferentes a tales cuestiones.

En el último de los capítulos se examinan las figuras de Paolo Sangiorgio, Ermenegildo Pini y Nicola Andria, farmacéutico, naturalista y médico respectivamente, cuya relación con la química, como disciplina auxiliar, era inevitable. Estos exámenes ponen de manifiesto que tales disciplinas fueron más permeables a las teorías contrarias al flogisto que la propia química de la época.

El viaje de ida y vuelta que Seligardi realiza entre Italia y el resto de Europa permite cumplir con sus objetivos declarados: conocer mejor el contexto de la realidad italiana en la que la obra de Lavoisier fue recibida, y profundizar en el significado de la revolución química que tuvo lugar en el último cuarto del Siglo de las Luces (y que la autora extiende a casi su totalidad). Igualmente, proyecta en sus conclusiones una visión compleja del proceso de transformación de las ideas, negando simplificaciones que carecen hoy en día de vigencia. Así nos presenta a profesores que defienden en sus escritos las teorías del químico francés mientras enseñan en sus clases la química del flogisto, químicos que aceptan la teoría pero no adoptan la nomenclatura muy arraigada por el uso, intentos de modificación de una y otra. En fin, una variopinta gama de situaciones que cambian de una persona a otra e incluso de un momento a otro en un mismo científico. No olvidemos la conciencia que se tenía de la química como ciencia por hacer y el hecho de que la nueva teoría no respondía satisfactoriamente a todas las cuestiones (acidez, calórico, imposibilidad experimental de aislamiento de hidrógeno y oxígeno).

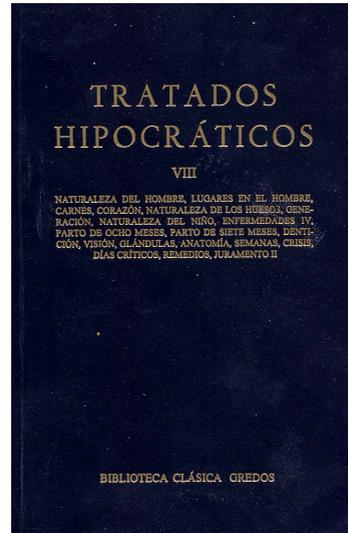
De la lectura del libro puede extraerse una valiosísima información que no sólo se refiere al ámbito italiano, sino que permite conocer lateralmente las aportaciones de Priestley, Kirwan, Cavendish, Volta, Carburri y tantos otros dentro y fuera de Italia, con explicaciones accesibles para químicos con cierta cultura en esta disciplina y para historiadores de la ciencia con elementales conocimientos de química. Para mejor comprender los textos podremos utilizar un glosario de términos químicos antiguos con sus correspondencias contemporáneas (y así sabremos que el ácido cretoso no es otro que el CO<sub>2</sub>). La abundantísima bibliografía que se aporta al final (con únicamente dos referencias españolas) será de utilidad para los historiadores de la química. Sin embargo, tendrán algunas dificultades para localizar datos puntuales, ya que la obra carece de índices de nombres y de términos, imprescindibles en trabajos científicos de este tipo.

Félix Gómez Crespo

*Tratados hipocráticos VIII* (introducciones, traducciones y notas por Jesús de la Villa Polo, M<sup>a</sup>. Eugenia Rodríguez Blanco, Jorge Cano Cuenca e Ignacio Rodríguez Alfageme), Madrid, Gredos, 2003, 595 pp.

*Finis coronat opus*. Termina de forma magnífica la traducción de los textos hipocráticos, hecha por Editorial Gredos. Con el primer Juramento comenzaba el primer volumen y con el segundo termina el octavo, sin duda adecuada entrada y salida —con sus componentes sagrados— de estos veinte años de trabajo de edición y traducción de las obras hipocráticas. Como señala Carlos García Gual: «Su valor científico actual puede acaso ser dudoso y limitado, pero es innegable su básica importancia en la fundación y la tradición del saber terapéutico a lo largo de muchos siglos». Recuerda también el apoyo inicial dado por dos grandes helenistas, a los que es preciso recordar, Pedro Laín y Antonio Tovar. Nos señala la importancia de algunos de los textos, como por ejemplo *Sobre la naturaleza del hombre*, y la rareza de otros, como *Juramento II*.

En general, encontramos textos anatómicos, sobre las carnes y huesos, glándulas, corazón o visión, otros sobre la generación, parto o infancia... sin abandonar la patología, o la terapéutica. Semanas, crisis, días críticos son analizados, como base de toda la medicina hipocrática. Sin duda, estos escritos, algunos poco conocidos, muestran bien un panorama del pensamiento hipocrático, de un pensamiento clásico que siguió vigente en medicina al menos hasta superado el siglo XVIII. Para los historiadores de la medicina es esencial tener a mano estas ediciones tan cuidadas; pero también para el médico actual muchas de las creencias clásicas siguen vigentes. La consideración del ser humano como parte de la naturaleza, que debe ser respetada, no ha dejado nunca de ser esencial herencia de la cultura clásica. Así lo muestran las repetidas ediciones hipocráticas, como la magnífica edición que han hecho José Martínez Pérez y M<sup>a</sup>. Teresa Santamaría Hernández de la primera *Traducción de los Aforismos de Hipócrates y del Capítulo Áureo de Avicena* por Alonso Manuel Sedeño de Mesa en 1699 (Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2002).



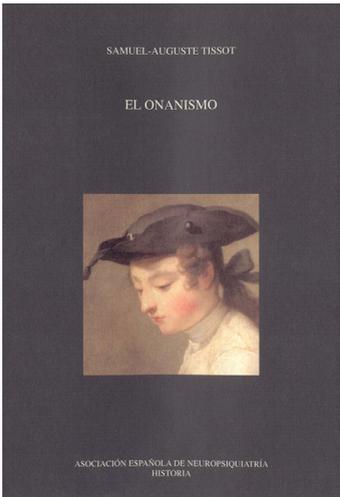
José Luis Peset

SAMUEL-AUGUSTE TISSOT, *El onanismo*, Madrid, AEN, 2003, 187 pp.

En los últimos años la presencia de Samuel-Auguste Tissot (1728-1797) en las discusiones científicas e históricas no ha dejado de crecer. Ahora contamos con una excelente traducción castellana, precedida por una penetrante visión de conjunto acerca de lo que el médico suizo supuso (que parte de su reconocimiento foucaultiano, en verdad decisivo) y complementada, al final, por una densa anota-

ción: pues las escasas ediciones francesas recientes se limitaban a reproducir el escrito original, bien la de 1760, bien otras más tardías como la de 1774, en la que Tissot atendía las sugerencias, al respecto, de Rousseau (fue un escrito ampliado progresivamente), dejando en consecuencia las erratas y no especificando (ni traduciendo) las decenas de fuentes de este curioso médico.

Como señalan los editores, no hay que olvidar que en Lausana hubo un *Colloque Tissot* en 1997, y a consecuencia de éste se publica un extenso libro: V. Barras, M. Louis-Courvoisier (comps.), *La médecine des Lumières, tout autour de Tissot*, Ginebra, Georg, 2001, que hoy es una referencia insoslayable. Asimismo rinden homenaje a E. Perdiguero, que ha estudiado desde los ochenta y especialmente desde 1991 la difusión de esta obra en la España del siglo XIX.



Este texto que, pese a sus errores y su simplicidad, es además un buen repaso de las ideas de la medicina en la Ilustración tardía: síntomas (con un resumen del panfleto inglés, *Onania*), causas (donde destaca la importancia del líquido seminal y las causas del peligro de la masturbación), curación (basada en un naturalismo muy propio de la época) son los tres núcleos fundamentales de su argumentación. Pues Tissot, además de ser principal defensor de las vacunas y de otras apreciaciones higiénicas, fue un gran traductor de Albrecht von Haller, un asiduo corresponsal de grandes figuras de la medicina y un adelantado hipocratista en ese siglo que se cerró con el discurso de Barthez: *Sobre el genio de Hipócrates*. Pero asimismo estuvo en contacto con el movimiento ilustrado, el primero (Voltaire) y el que le correspondía ya por su edad (Rousseau), por lo que este libro singular debe ser apreciado dentro de un filantropismo general y unas ideas sobre el control sanitario muy propias

de los partidarios de la felicidad doméstica. Ahora se dispone ya, finalmente, de un libro necesario para comprender el arranque de la hipótesis sexual en psiquiatría, véase, por ejemplo, E.H. Hare, *El origen de la enfermedades mentales*, Madrid, Triacastela, 2002, cap. 8.

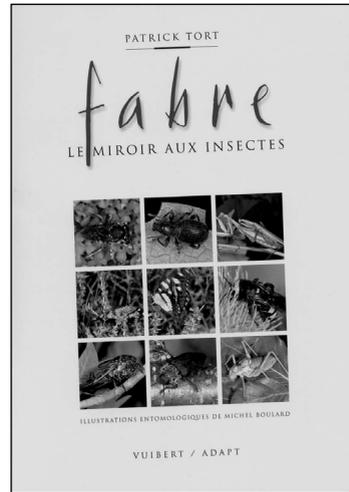
Andrea Rubín

PATRICK TORT, *Fabre, le miroir aux insectes*, Tournai (Bélgica), Vuibert-Adapt, 2002, 349 pp.

El fin de siglo y los primeros años de la nueva centuria han sido generosos con la memoria del entomólogo francés Jean-Henri Fabre. Varios libros, un coloquio internacional celebrado en octubre de 2002 y la reciente exposición parisina *De l'homme et des insectes, Jean-Henri Fabre, 1823-1915*, certifican<sup>1</sup> el protagonismo de un personaje merecedor de calificativos como *Homero de los*

<sup>1</sup> Yves Delange, *Jean-Henri Fabre, l'homme qui aimait les insectes, naturaliste total et pédagogue du XIX<sup>e</sup> siècle*, Arles, Actes Sud, 1999. Yves Cambefort, *L'œuvre de Jean-Henri Fabre*, Paris, Delagrave, 1999. Dominique Autié, Sylvie Astorg, *Jean-Henri Fabre. Maisons, chemin faisant*, Saint-Cyr-sur-Loire,

*insectos y poeta de la ciencia*, aclamado como modelo de naturalista literato, cuyos relatos zoológicos, particularmente *Souvenirs entomologiques*, se han traducido del francés a múltiples y variopintos idiomas. Alemanes, chinos, coreanos, daneses, españoles, ingleses, israelíes, italianos, japoneses, polacos, rusos y suecos, comparten en su lengua las peripecias protagonizadas por el terco escarabajo pelotero para transformar la boñiga en una succulenta bola de estiércol y preservarla de los truhanes, prestos a birlarle el manjar al menor descuido, narradas en *El escarabajo sagrado*. Su éxito literario fue, y es, consecuencia de abandonar «la forma académica, demasiado severa, y dejar correr un poco más libremente mi pluma, sin que la forma reste nada al rigor y la exactitud de los hechos», explicaba Fabre a Charles Darwin. Internet ha deparado similar fortuna al naturalista galo, aquí la espléndida *world wide web. e-fabre.com* lo convierte en un científico legendario. El libro de Patrick Tort emerge en este polimorfo movimiento cultural francés con la intención de abandonar el halago fácil sustituyéndolo por el análisis de la persona y la obra.



*El hombre que amaba los insectos*, según la nominación de Yves Delange, fue también físico y químico, matemático y botánico, profesor y pedagogo. Su vasta producción literaria contiene manuales científicos de uso corriente en la enseñanza escolar, pero, sin duda, ganó merecida fama, que no fortuna, con la observación y descripción de la vida de los insectos interpretada en clave antropocéntrica —los *Souvenirs entomologiques* acumularon diez volúmenes entre 1879 y 1907—. Como naturalista es deudor de la tradición entomológica representada por Réaumur, una versión moderna, y también la experiencia guía sus pasos para descifrar el libro de la naturaleza, algunos de cuyos capítulos llevan su firma. Tort repasa con acierto unos y otros temas desembocando en el darwinismo, materia que conoce profusa y profundamente. Quien revise el epistolario de Fabre con Darwin sospechará cierta comunión de intereses: «he preparado para el próximo mes de mayo los materiales para el experimento que usted me propuso sobre el asunto del retorno de los insectos a sus nidos», escribió Fabre el 18 de febrero del año 80 (carta reproducida en *e-fabre.com*), por ejemplo. Complicidad investigadora no ideológica, coincidencia temática y disonancia histórico-

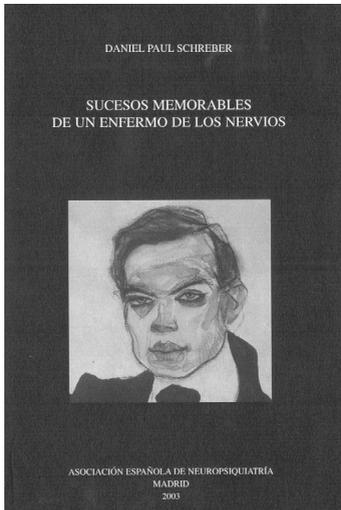


Christian Pirot, 1999. Yves Cambefort, *Jean-Henri Fabre: petite biographie d'un grand naturaliste*, Paris, Éditions Delagrave, 2002. Colloque international «Jean-Henri Fabre: Un autre regard sur l'insecte», Saint-Léons (Aveyron), 18-19 octobre, 2002. Exposición *De l'homme et des insectes*, Jean-Henri Fabre, 1823-1915, Paris, Espace EDF Electra, 5 junio-31 agosto 2003.

biológica sobre la vida terrestre: evolución frente a creación. Los vericuetos de esta fraternal relación de enemistad ideológica son analizados por Patrick Tort con la sabiduría que le confiere su prolífica investigación sobre la historia del darwinismo, conformando un estudio que, en nombre de Darwin y contra la hagiografía de Fabre, procede a la demolición de la leyenda. Jean-Henri es un científico contradictorio, antitransformista, intérprete de la naturaleza según un creacionista sentido natural, compaginando ciencia y religión —en línea con el cristianismo pseudoevolutivo liderado posteriormente por Teilhard de Chardin—. *Fabre, le miroir aux insectes* es una obra de obligada lectura para los historiadores de la evolución, así por el talento del autor, que no admite indiferencia, como por la resonancia del personaje, simultáneo dios y demonio, con dos temas sobresalientes: la relación evolucionismo—religión y la interpretación darwiniana del instinto, aspecto menos conocido de la teoría y el nudo que oprime la soga al cuello del entomólogo francés. Además, el texto tiene un formato editorial notable que, mediante ilustraciones en color y apropiados anexos, complementa sobremanera el estudio.

Andrés Galera

DANIEL PAUL SCHREBER, *Sucesos memorables de un enfermo de los nervios*, Madrid, AEN, 2003, 364 pp.



La nueva edición de esta obra universal ofrece al lector, junto a la satisfacción de encontrarse ante un documento de belleza literaria y vibración humana infrecuentes, la ocasión de tener en sus manos un libro de texto insustituible. Sin duda, *Sucesos memorables* de Schreber es un manual de psiquiatría difícilmente superable.

Esta tercera traducción al castellano, realizada con inmejorable esmero y precisión por Marciano Villanueva, viene a cubrir el vacío editorial con que tropezaban las nuevas generaciones de profesionales de la salud mental y de estudiosos en general. Las dos ediciones anteriores estaban agotadas desde hacia años, tanto la de Ramón Alcalde, publicada en 1980 por Ediciones Lohlé de Buenos Aires, con el título de *Memorias de un enfermo nervioso*, como la de Italo Manzi, de 1978, publicada por Ediciones Petrel, también de Buenos Aires, con el título de *Memorias de un neurópata*.

No es su menor mérito el que los *Sucesos memorables* de este delirante genial sean capaces de instruir a los partidarios de cualquier corriente psiquiátrica. Al fenomenólogo le ofrecen un catálogo de síntomas tan completo que puede satisfacer toda ansia descriptiva, colmándole en este sentido de la más estricta «voluptuosidad» schreberiana. El psicoanalítico encuentra, por su parte, una oportunidad única para medir y acomodar su modelo utilizando los mismos útiles que Freud, que se las tuvo que ver, como se sabe, no con el paciente sino con su obra escrita. Para el sociopsiquiatra, en especial para aquel que se muestra contrariado por los abusos de poder de la

psiquiatría, Schreber es un hito histórico. Su relato de las vejaciones manicomiales, la apelación memorable con la que logró el sobreseimiento de interdicción por enfermedad mental ante la Corte Real de Dresde, y el apéndice, también incluido en esta edición, donde cuestiona «¿bajo qué condiciones una persona juzgada alienada puede ser mantenida en un establecimiento hospitalario contra su voluntad expresa?», serán siempre puntos de referencia para todo interesado en la defensa de los derechos civiles del enfermo mental y en el reconocimiento del coraje y la voluntad de verdad que pueden enaltecer a un delirante.

Schreber escribe sus *Sucesos memorables* entre 1900 y 1902. El grueso de ellas en un breve plazo de ocho meses, de febrero a septiembre de 1900, tras siete años de evolución de su segundo episodio psicótico, en el momento de mayor madurez y éxito de su delirio. En 1903 las publica, y certeramente anuncia que su «trabajo podría encontrarse entre las obras más interesantes que jamás hayan sido escritas por el hombre».

La enseñanza de Schreber nos alcanza a todos, ofreciéndonos primero sus síntomas y la organización lógica del delirio como objeto de estudio, pero también ayudándonos con su propia interpretación y sus propias sugerencias, con las que intenta sugerirnos las claves para su entendimiento. Tan es así, que Freud se ve obligado a aceptar el magisterio del enfermo con una mezcla de admiración y de subordinación. En una memorable carta que le escribe a Jung el 22 de abril de 1910, le confiesa lo siguiente: «...el maravilloso Schreber, al cual deberían haber nombrado profesor de psiquiatría y director de un centro psiquiátrico». A lo que añadirá más tarde, en octubre de ese mismo año, que está dispuesto a incorporar en su vocabulario técnico algunas de las fórmulas del utillaje verbal schreberiano. Freud llegó a sentirse avasallado por el *nervio* Schreber, sintiendo en peligro su originalidad al notarse anticipado teóricamente por el célebre demente. Inquieto ante la «coincidencia singular» entre el delirio de Schreber y su teoría, decide recurrir a un testigo: «Pero uno de nuestros amigos, especialista en la materia, puede testimoniar que nuestra teoría de la paranoia es muy anterior a la lectura del libro de Schreber», se justifica en su estudio del caso.

Schreber confiesa que aspira a «un resultado y sólo uno: el de despertar en los médicos la duda y el de hacerles trabajar un poco la cabeza». A lo que no queda otra opción que aceptar su triunfo, pues no sin motivo se ha convertido en el enfermo más citado y estudiado de la psiquiatría. Él constituye el ejemplo enciclopédico donde todos los delirios deben ser cotejados a la hora de su interpretación, forjando un texto escrito para sabuesos de la sicopatología cuya influencia no tiene parangón.

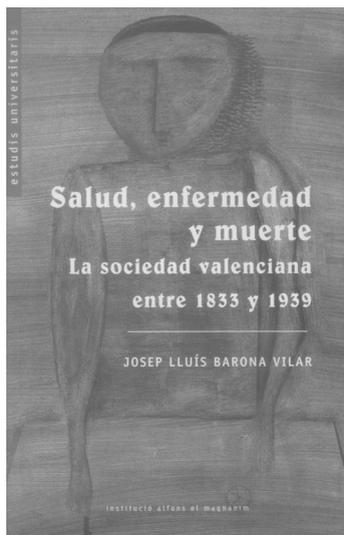
Schreber tiene mil lecturas y en esta presentación insto a que cada cual no aplace por más tiempo la suya.

Fernando Colina

JOSEP LLUIS BARONA VILAR, *Salud, enfermedad y muerte. La sociedad valenciana entre 1833 y 1939*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2002, 414 pp.

Este libro, que se inscribe dentro de un enfoque renovador de la historia de la medicina, en el sentido de desplazar el acento desde la historia intelectual o de las ideas científicas a los aspectos sociales con los que se relacionan la salud y la enfermedad, se centra en un periodo de la historia española particularmente adecuado para la puesta en práctica de este método de aproximación, el que va de 1833 a 1839, algo más de un siglo, y que abarca el primer gran impulso de moderniza-

ción de la sociedad española, y más exactamente, por lo que se refiere a la transición demográfica y sanitaria, caracterizada, según el autor, «por un cambio en los patrones demográficos y epidemiológicos, en la evolución de la población y en los modelos de morbilidad y mortalidad, propios de sociedades de régimen demográfico tradicional». El estudio de estos procesos de cambio y modernización se efectúa a partir del caso valenciano, para el que existe una investigación madura en lo relativo a higiene y enfermedad, llevada a cabo por el Departament d'Història de la Ciència y Do-



documentació cuyos resultados en buena medida sirven de soporte a este estudio, que se beneficia asimismo de la localización y análisis por parte de Josep Lluís Barona de diversos informes sobre la situación sanitaria española en el primer tercio del siglo XX, como ocurre, por ejemplo, con el elaborado por Charles A. Bailey en 1926 para el International Health Board de la Fundación Rockefeller o con el informe sobre el sistema sanitario español publicado por el Dr. Hapke, consejero médico de Freiburg en el *Zeitschrift für Medicinalbeamtete*, en 1928. El autor ha manejado asimismo otros informes sobre el periodo de la Guerra Civil.

Parte Barona de una detallada presentación de los indicadores epidemiológicos relativos a la ciudad de Valencia y su provincia para lo que se vale de las incompletas y desiguales fuentes disponibles, tanto en el plano estatal como, sobre todo, en el local, comenzando por el *Diccionario* de Pascual Madoz, unas fuentes que afortunadamente van a mejorar desde finales del siglo XIX, con la publicación de las primeras estadísticas sanitarias elaboradas por el cuerpo de higiene y salubridad de Valencia, que posteriormente enlazarán con las aparecidas en el *Boletín Sanitario Municipal*,

entre 1905 y 1913. Dichos indicadores señalan, como por otra parte en el resto de España, que la transición demográfica se inició en el paso de los siglos XIX al XX, operándose una rápida disminución de la natalidad y mortalidad, que en el caso valenciano fue más acentuada que en otros puntos de España, y mayor en la ciudad que en el campo. Una transición por lo que hace a la mortalidad que también se refiere a la progresiva sustitución de las grandes epidemias del XIX por nuevos problemas epidémicos, como la gripe, en tanto se mantenía una elevada prevalencia de las enfermedades infecto-contagiosas, especialmente las respiratorias y digestivas, aunque también en este apartado se registró una significativa tendencia al descenso en la primera mitad del siglo XX y se operó lo que califica una *transición de riesgos*, que supuso la implantación de un modelo de enfermar caracterizado por el desarrollo de enfermedades infecto-contagiosas crónicas y ligadas al medio urbano y a la industrialización, como la tuberculosis, además de las enfermedades degenerativas y los accidentes. El autor dedica una especial atención a la mortalidad infantil, ya que estos problemas epidemiológicos se exacerbaban en el tramo de edad entre 0 y 5 años que aportaba, con diferencia, el mayor caudal de defunciones.

Los condicionantes sociales y culturales de la salud en una sociedad que experimentó un fuerte crecimiento demográfico desde la segunda mitad del siglo XIX y que vivió un marcado proceso de urbanización, de concentración de los recursos en manos de una oligarquía urbana de tinte burgués (el autor evoca la figura tan característica de José Campo), son también objeto de detenido análisis. Unos recursos que en su mayor parte procedían de una próspera agricultura comercial, centrada en los cítricos, el arroz, la viticultura, y en menor medida de una industria que mantuvo una fuerte

impronta artesanal, con sectores en decadencia, como el sedero pero que logró una progresiva penetración en la economía valenciana, lo que unido a las fuertes desigualdades sociales explica el desarrollo del movimiento obrero y de un nuevo tipo de conflictividad social que se agudizó con la crisis de la Restauración, en el sexenio 1917-1923. El autor repasa también las condiciones de vida en una sociedad marcada por un fuerte proceso de diferenciación clasista, lo que espacialmente se iba a dejar notar en la concentración de la clase alta en algunos barrios de la ciudad, como Cavallers o Barques, en tanto que artesanos y jornaleros habitaban los más poblados e insalubres, como Velluters, El Carne o Quart.

Una sociedad, pues, en crecimiento, que iba a exigir la puesta en práctica de políticas para mejorar la salubridad general, máxime en un contexto azotado por recurrentes ataques epidémicos. Así, cuestiones como la calidad de los alimentos, el suministro y potabilidad de las aguas, la eliminación de las aguas sucias y residuales, la higiene de los lavaderos públicos, los enterramientos, la eliminación de los despojos animales explican iniciativas como la construcción de un matadero general, en el paseo de la Pechina, los sucesivos proyectos para la traída de aguas, mejorando su cantidad y calidad, las actuaciones en el sistema de alcantarillado y en las acequias que atravesaban el centro de la ciudad, la erección de cementerios y muldares alejados de los núcleos de población, centraron la gestión los regidores municipales de Valencia y de otras poblaciones de la provincia, aunque el balance, al final del periodo estudiado presentaba aún grandes insuficiencias y beneficiaba globalmente a la burguesía, que hizo grandes negocios con estas obras de infraestructura. El autor dedica también un breve pero interesante capítulo a los condicionantes culturales de la salud, por cuanto entiende que la cultura en torno a la salud y la enfermedad no puede menos de condicionar la mayor o menor penetración del sistema médico-científico o la eficacia de la política sanitaria. Aquí entran cuestiones como la difusión del higienismo, la educación de las madres y la lactancia, los hábitos alimenticios o la diferenciación entre la burguesía y la clase obrera en cuanto a actitudes y prácticas relacionadas con la salud y la enfermedad.

Se ocupa también Barona de la organización asistencial, en un periodo en el que se estaba realizando la transición desde un modelo basado en la caridad a otro influido por criterios laicos y productivistas —la *beneficencia pública*—, llevado a cabo en establecimientos cerrados, aunque también se trató de impulsar la asistencia a domicilio. Repasa así, basándose en buena medida en las investigaciones de Fernando Díez, las funciones benéficas desarrolladas en el Hospital General, la Casa de Beneficencia, el Asilo de Mendigos o, también la labor en este plano de las sociedades de socorros mutuos. Quizá lo más interesante de esta parte de la obra sea la detallada atención que se presta a la labor realizada por los ayuntamientos, en especial el de Valencia, especialmente desde los últimos decenios del XIX, a la que no fue ajena la entrada del republicanismo blasquista en el consistorio: creación de casas de socorro, de los laboratorios químico y bacteriológico (dirigido este último por una figura clave en las políticas sanitarias en el plano local, José Pérez Fuster), que luego se refundirían, en 1911, en el Instituto Municipal de Higiene, potenciación del cuerpo de sanidad municipal, publicación de memorias y boletines, fundación, ya en la II República, de centros primarios y secundarios de higiene. Se pasa revista, en fin, a las actuaciones en el medio rural y a la creación de los llamados partidos médicos.

Las políticas de salud del Estado liberal, sustentadas en buena medida en una ideología higienista (aunque en la última parte del periodo estudiado tendió a adquirir cada vez mayor peso la microbiología) son también objeto de atención, máxime cuando su ejecución corría a cargo de las instituciones locales y provinciales —no sin conflictos entre ellas—, tal y como prescribía el abundante corpus legislativo sobre salud pública. Durante largo tiempo, el núcleo fundamental de dichas políticas fue la lucha contra las epidemias, descuidando otros aspectos básicos, como la mortalidad

infantil o las enfermedades endémicas, aunque desde la creación de servicios sanitarios municipales, como los ya detallados ganó en importancia la lucha contra las enfermedades infecto-contagiosas, siguiéndose líneas de actuación específicas contra la rabia, el paludismo o la tuberculosis (creación, por ejemplo, de dispensarios tipo *Calmette*). También la erradicación de las enfermedades venéreas, que dio lugar a diversos reglamentos e intentos de control municipal sobre la prostitución, la protección a la infancia o la supervisión de la sanidad marítima son otros temas que el autor estudia al enfocar las políticas de salud.

Uno de los capítulos en mi opinión más interesantes y originales de esta obra es el que se refiere al discurso médico sobre las enfermedades sociales y la salud pública, en un contexto que contempló una creciente implicación de los profesionales de la medicina respecto de los retos sanitarios surgidos de lacras sociales como la pobreza o la insalubridad, ligadas a la industrialización. Una implicación que llevó a algunos de estos profesionales a asumir compromisos políticos, como va a ocurrir con el doctor Francisco Moliner. El autor se explaya aquí sobre la ideología higienista, remitiéndose a una serie de textos clásicos, aunque muy divergentes entre sí, como son los de Pedro Felipe Monlau, Joaquín Salarich, o Juan Giné y Partagás, bien representativos de la medicina social del siglo XIX. Dicha ideología, que impregnó durante mucho tiempo a los médicos valencianos, centró su interés en cuestiones como el medio ambiente o la salubridad urbana, pero retrasó, en cambio la entrada de enfoques y discursos nuevos como por ejemplo, la doctrina del contagio basada en la investigación microbiológica de laboratorio que transformó de manera drástica las estrategias de lucha contra el fenómeno infeccioso y atenuó la conexión entre la enfermedad y sus raíces sociales, especialmente la pobreza. Este capítulo es seguido de otro final acerca de la incidencia de la Guerra Civil en el panorama descrito y que fue objeto de diferentes *rappports* internacionales cuyo análisis y difusión en este libro constituye una de las aportaciones más interesantes del mismo.

Rafael Serrano García

MARIA TERESA MONTI (ed.), *Antonio Vallisneri. L'edizione del testo scientifico d'età moderna*, Florencia, Olschki, 2003, 232 pp.

Con el título *Antonio Vallisneri. L'edizione del testo scientifico d'età moderna* se presenta una selección de los trabajos expuestos en el seminario internacional de homónima nominación celebrado en el Centro de Estudios *Lazzaro Spallanzani* de *Scandiano* los días 12 y 13 de octubre de 2001. El libro se completa con dos aportaciones fuera de concurso, firmadas por Mauro De Zan y Carlo Castellani, sumando un total de once artículos confabulados alrededor de una misma temática: la edición crítica del texto científico, teoría y práctica. En este contexto, el escenario spallanzaniano tuvo como telón de fondo el vasto proyecto editorial correspondiente a la *Edizione Nazionale* de las obras de Vallisneri, comenzado el año 2000 y que, como es costumbre, ya tiene su dimensión internet ([www.vallisneri.it](http://www.vallisneri.it)).

Los trabajos se agrupan en tres apartados relativos al objeto, *Materiale di ricerca*, las reglas, *Tipologie del testo scientifico e criteri ecdotici*, y las nuevas tecnologías, *Edizioni e inventari elettronici*. En «Louis Bourguet et le modèle des corps organiques», François Duchesneau se ocupa del ideario vallisneriano en relación con el organicismo materialista, recomendable trabajo sobre historia de la ciencia pero fuera del tema; Dario Generali explica los objetivos y estado de la *Edizione*

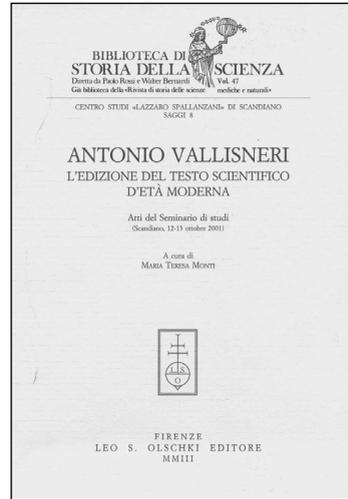
*Nazionale*; y Mauro De Zan ejemplifica esta propuesta analizando la edición realizada en 1996 del opúsculo *Nuova idea del male contagioso de' buoi*, suscrito por Cogrossi y Vallisneri, y publicado en 1714 en relación con la peste bovina que esquilmbaba la cabaña ganadera italiana. En la segunda parte Concetta Pennuto analiza el problema de editar un tratado médico de finales del siglo XVI, el *De anatome, morsu et effectibus tarantulae* de Giorgio Baglivi; Carlo Castellani relata su experiencia en el estudio y clasificación de los manuscritos spallanzanianos; Marc J. Ratcliff utiliza el diario de laboratorio perteneciente a Horace-Bénédict de Saussure para valorar la dualidad campo semántico-campo científico; y Gianmarco Gaspari plantea la duda ¿conservar u homologar un texto científico?, amparándose en recientes actuaciones editoriales. La electrónica cierra el libro y abre las puertas del futuro. Jean-Daniel Candaux describe su utópico inventario para salvaguardar una la república de las letras en peligro de extinción por el uso del teléfono, el fax y el e-mail; Antony McKenna y Annie Leroux exponen «L'édición électronique de la correspondance de Pierre Bayle»; Hubert Steinke se ocupa del proyecto Haller realizado en el *Institute for the History of Medicine* de la Universidad de Berna ([www.haller.unibe.ch](http://www.haller.unibe.ch)); y Andrea Scotti explica el modelo *Pinakes*, aplicación desarrollada desde el *Istituto e Museo di Storia della Scienza* de Florencia como un nuevo modelo para clasificar el patrimonio científico construyendo una arqueología del saber ([www.pinakes.org](http://www.pinakes.org)).

Por definición, este tipo de libro merece el calificativo de irregular. La desigualdad proviene tanto del heterogéneo material que lo compone como de los potenciales lectores. Los cibernautas historiadores de la ciencia encontrarán atractivo el capítulo final, no porque se termine el libro sino por la renovadora corriente que internet representa. Los ortodoxos hallarán sosiego en una segunda parte gobernada por la imprenta; y el insuficiente capítulo inicial pasa desapercibido.

Andrés Galera

F. PEREÑA, *El hombre sin argumento. Una introducción a la clínica psicoanalítica*, Madrid, Síntesis, 2002, 207 pp.

En una época en la que el mundo occidental creyó con altivez que su superioridad emanaba de haber acordado que la democracia era el mejor instrumento de la política para regular la relación de los hombre entre sí, y cuando creíamos que el siglo XX nos había vacunado contra la barbarie, nuevos mesías han decidido salvar el mundo destruyéndolo. Invocan un nuevo dios canibal, que despreciando la ley y la vida humanas, sólo se satisface en la impunidad. Recordamos las palabras de Freud en su texto *El porqué de la guerra*: «Cuando oímos hablar de los horrores de la Historia, nos parece que las motivaciones ideales sólo sirvieron de pretexto para los afanes destructivos... las actitudes psíquicas que nos han sido impuestas por el proceso de la cultura son negadas por la



guerra en la más violenta forma y por eso nos alzamos contra ella, simplemente, no la soportamos más». Hoy, más que nunca, estamos necesitados del rigor de un pensamiento sobre el sufrimiento humano. Este es el caso de F. Pereña en su quehacer: un pensamiento fraguado en la clínica psicoanalítica. Así, en su anterior libro titulado *La pulsión y la culpa. Para una clínica del vínculo social*, se plantea a partir de una reflexión sobre la culpa y la responsabilidad, la siguiente pregunta: «¿hacer daño o padecerlo es lo que únicamente gobierna la vida del hombre?».

En el nuevo libro que reseñamos, su trabajo gira alrededor de otra pregunta: «¿Podría acaso el hombre vivir en la más estricta soledad de vida y de sin sentido?». Las palabras de Paul Celan: «Herido de realidad, en busca de realidad» le acompañan en un recorrido, que parte del concepto de trauma, definido como pérdida irreparable de realidad. El trauma se reproduce y se repite como fracaso permanente de la «identidad de percepción», donde se reúne para Freud el deseo con la experiencia de satisfacción. El sujeto buscará entonces en la «identidad de pensamiento» la posibilidad de vivir, pero el único modo de procurársela es asegurarse del otro, crear un entramado de relación con el otro donde figure un modo de satisfacción supuestamente adecuado a esa relación. A ese entramado se le llama en la clínica psicoanalítica fantasma.

El *infans* es primero un grito, una llamada al otro que parte del fracaso de la «identidad de percepción», como medio para la satisfacción de sus necesidades. La falta de programa del instinto para su cuerpo, le deja en una situación tal de desamparo que necesita la demanda, donde debería estar simplemente la necesidad. Las grandes necesidades fisiológicas (hambre, respiración y sexualidad) anudadas al otro desde el principio por lo que Freud llamó «asistencia ajena», se convierten en hambre del otro, y asfixia por la angustia ante la soledad del cuerpo y del sexo sin instrucciones.



¿Cuál es entonces la tesis analizada por Pereña que recorre minuciosamente la obra de Freud y que aparece fundamentada y enraizada en su trabajo clínico? «El hombre está desde el origen orientado hacia el otro y extraviado de su cuerpo, careciendo, entonces, dicho cuerpo de la medida de certeza que le diera identidad. El fantasma es el escenario en el que la vulnerabilidad del cuerpo y el desamparo del sujeto encuentran el argumento del poder. Su anudamiento al otro toma así ese lazo insistente entre sexualidad y agresividad que ha adquirido, en esta época de impunidad, manifestaciones asombrosas. Poder, sugestión, vencer, son términos muy cercanos al argumento fantasmático».

Vemos cómo el sujeto requiere de una escena que le procure si no una proporción, al menos un vínculo argumental, y por ello, también necesitará reclamar la presencia de un otro consistente, ya sea su presencia tiránica, religiosa, grupal, ya sea la ideología de masas, ya sea la ansiedad de una certeza del objeto de amor, ya sea la sugestión hipnótica. Pero si algo ha revelado el psicoanálisis como clínica del síntoma, es que ese segundo intento de identidad también fracasa y, por lo tanto, es una clínica que no se corresponde con ninguna identidad discursiva en la que el sujeto se define por el modo en que trata dicho fracaso. Y el autor es aquí contundente: «Si ese fracaso no es apertura a la vulnerabilidad del hombre, será entonces cierre a una violencia colectiva».

Una paradoja da cuenta del título del libro: el sujeto necesita un argumento para vivir, pero argumento sólo hay uno, «el de la unidad de pensamiento cuyo cimiento es esa escena en la que el sexo está argumentado con el poder» (experiencia libidinal con el otro del que depende nuestra

vida). Luego, parece que al ser humano no le queda otro remedio, si quiere respirar y estar vivo, que argumentarse, pero a la vez preservar la intriga y la contingencia, más allá de lo que le proporciona su argumento (su respuesta fantasmática al desamparo, en la que está condenado a la ira o a la sumisión). De ahí, que la tragedia de Edipo, como tragedia del hombre, es un momento crucial en el destino de todo sujeto, puesto que «romper con el Uno del incesto supone poder vivir con el otro del trauma abriendo las vías del amor y el deseo».

Por otro lado, que la subjetividad se defina como la respuesta singular de cada sujeto al hecho traumático, introduce uno de los desarrollos más interesantes del libro, puesto que relaciona el problema de la causalidad con el saber del inconsciente, la repetición y el límite al cambio.

El psicoanálisis ha introducido la causa subjetiva en la clínica al interrogar determinados padecimientos para los que el causalismo físico, que excluye toda subjetividad, carece de respuesta. La causalidad biológica trata de devolver al sujeto a una pertenencia natural perdida, y cualquier causalidad trascendente buscaría una causa exterior que le condena a la ignorancia y a la irresponsabilidad sobre su determinación sintomática. Por lo tanto, el psicoanálisis propone una elaboración del saber deducido de la experiencia constitutiva del sujeto, que Pereña define como «experiencia de lo imposible y de la no reciprocidad del otro en el fallido anhelo de semejanza». Una elaboración de saber que es la tarea propia del sujeto (o trabajo del inconsciente).

El saber del inconsciente aparece entonces como «una memoria del sentir o un texto escrito en el cuerpo del hombre» (porque es memoria de las huellas de una experiencia de indefensión que el inconsciente elabora, pero no borra). Esa memoria no se anula en ninguna identidad discursiva, ni en ninguna unidad de significación, ni en ninguna traducción, y carece de código al tratarse de la elaboración de una experiencia singular. Esa memoria necesita del recuerdo encubridor, del sueño y del argumento del poder, a la vez que es memoria de un saber que no es un argumento, sino su refutación. Por ello, si el sujeto no quiere quedar reducido a «mera defensa o angustia parálitica», puede encontrar en el trabajo del inconsciente su tarea como sujeto. Un trabajo que no le evitará la repetición, pues la repetición es la repetición de esa paradoja por la que la vida parece imposible, pero, como dice el autor, «saber que repetimos y que la repetición de las huellas es la verdad de la mentira del argumento nos hará más humildes y un poco más vivos». Este sujeto se enfrentará a la angustia como posibilidad de existir. Angustia, que por otro lado, es necesario distinguir de la angustia neurótica que sostiene todo el entramado argumental, a la vez que debe ser también diferenciada de la ansiedad ciega de muchos fenómenos clínicos.

Si el saber del inconsciente es presentado como saber ligado a la experiencia singular del trauma, es lógico que Pereña haya escogido, entre las muchas lecturas presentes en el libro, cuatro nombres: Aristóteles, Kant, Freud, Levinas. Aristóteles y Kant porque nos enseñaron que no hay saber por fuera de la experiencia. Freud y Levinas porque nos hablaron del desamparo radical del hombre y su extrema vulnerabilidad ante la exposición al otro.

Situaremos, por último, la pregunta que enlaza con el punto de partida de este libro. Pereña plantea la pregunta una vez más, esta vez para reflexionar sobre el límite al cambio: ¿cabe una modificación de la intrincación de la pulsión de muerte y la pulsión de vida? ¿Cómo es posible que los avances en la conquista de la naturaleza vayan a la par de una repetición constante del fracaso, del desencuentro de los hombres entre sí? Pregunta aterradora, dice, pues la repetición desafía el progreso, «apenas el hombre descansa de la guerra y ya no sabe qué hacer con su vida».

La respuesta es ética y clínica: «no cabe posibilidad de modificar la estructura clínica (psicosis o neurosis); ahora bien, la estructura clínica tiene en cada sujeto no sólo su particular tipología (paranoia, esquizofrenia o melancolía, por un lado, e histeria, obsesión y perversión, por otro), sino también su concreta posición subjetiva. En el síntoma se dan cita la estructura clínica, la tipología clínica y la

posición subjetiva o condición ética de la que está hecho el sujeto». Pero sí cabe la modificación de la posición subjetiva que implica un *desargumentarse*, o al menos, que el argumento fantasmático pierda su consistencia para que pueda tener lugar a veces el acontecimiento del *hombre justo*, «un hombre que acepta la soledad del cuerpo como comienzo de un acercamiento al otro, interrumpido constantemente por la desproporción entre la demanda y el deseo, entre el pensamiento y el acto, entre el amor y el deseo, entre la posibilidad del otro y su radical extrañeza».

En este punto la propuesta clínica del autor es el trabajo del inconsciente, propuesta comprometida con lo irrenunciable de su práctica: «Con que sólo uno hay podido abrir los ojos al menos por un instante a la pluralidad del mundo, con que sólo uno haya podido revivir una libido que parecía inerte de tan estancada, con que uno sólo pudiera desear y amar sin pretender la inocencia, pero sin verse, por ello, obligado a la posesión mortal o destructiva, con que alguien dé a su sufrimiento la dignidad de su límite y pueda tomar el momento de la alegría como un deber moral, con que el hombre que porta el cuerpo del hombre pueda ser el fuego de una palabra escueta, la «clara candela del hambre en la boca», que dice el verso de Paul Celan... Con que...»

No podemos concluir esta reseña sin hacer referencia al espléndido y elogioso prólogo de F. Colina y sirvan sus palabras como estímulo para un posible lector: «El propósito del psicoanálisis no es concebido, en suma, únicamente como una técnica terapéutica o como un camino interno hacia la serenidad o el alejamiento de lo infeliz. Es entendido, más bien, como una higiene en el uso del poder de cada uno en referencia a sí mismo y a los demás».

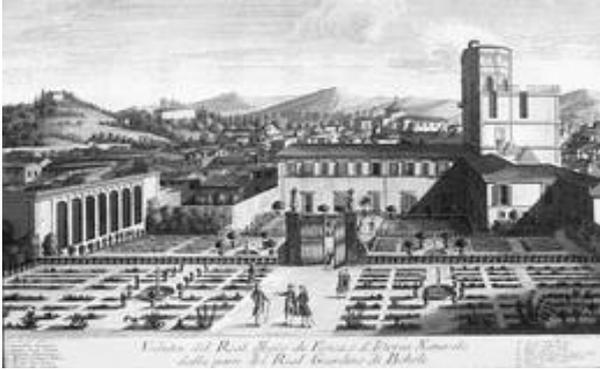
Piedad Ruiz

SIMONE CONTARDI, *La Casa di Salomone a Firenze. L'Imperiale e Reale Museo di Fisica e Storia Naturale*, Florencia, Olschki, 2002, 322 pp.



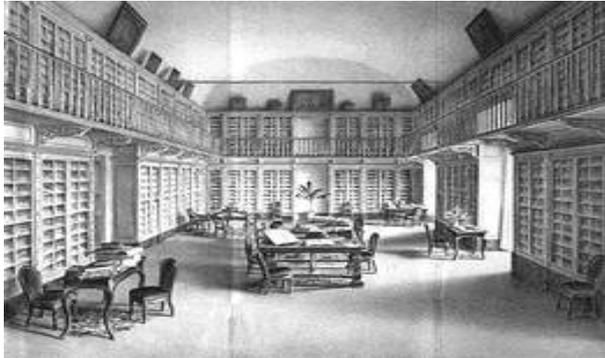
¿Qué es un museo? En opinión de Felice Fontana, primer director del florentino museo de física e historia natural, es el centro de saber simbolizado por la expresión casa de Salomón, en correspondencia con el ilustrado siglo que le cobijó. La museología aplica ahora valores diferentes, auspiciada por la tecnología y bajo el amplio, variopinto y cosmopolita paraguas de la cultura. Fundado en 1775 con sede en el *palazzo Torrigiani*, Fontana hizo del museo una institución científica de envergadura asociando colecciones, laboratorios, jardín botánico, observatorio astronómico y biblioteca. Si eligiésemos un estandarte la decisión, sin duda, recaería en la excelsa colección de reproducciones anatómicas en cera elaboradas en sus propios talleres. El conjunto se conserva en el museo zoológico constituido en la *Specola*, nombre del originario observatorio astronómico, ya en desuso, el único remanente museístico mantenido en el edificio fundacional de *via Romana*, disuelto en 1878 entre los diferentes gabinetes del instituto de estudios superiores. Hoy,

una amarga sensación de decadencia envuelve al visitante cuando atraviesa el portal del *palazzo Torrigiani* transformado en recinto universitario.



Simone Contardi aborda este capítulo de la historia de la ciencia italiana utilizando los conocimientos extraídos de manuscritos y fuentes impresas depositadas en archivos y bibliotecas de Arezzo, Bolonia, Florencia, Forlì, Ginebra Livorno, Londres, Milán, Pisa, Poppi y Rovereto, incluyendo la novedad documental del ignoto manuscrito *Progetti per la costituzione di una accademia delle scienze*, redactado por Fontana y reproducido como apéndice. El resultado de esta vasta recopilación es un texto metodológicamente

impecable. Con esta excelente argamasa, Contardi reconstruye la historia de la institución y de sus científicos. Es una historia descriptiva y rectilínea, desplegada, como en la dramaturgia clásica, en tres actos: exposición —los antecedentes y el periodo fundacional de una institución regia impregnada del quehacer político-científico de Giovanni Targioni Tozzetti, cuyo gobierno recayó en manos de Felice Fontana—; nudo —la problemática de un museo líder en Europa concebido como centro de investigación y divulgación, no como núcleo docente—; y desenlace —la desintegración del modelo por la especialización de la ciencia moderna dividida en reinos de taifas—. Esta historia del museo leopoldino es un escaparate de la ciencia fiel al documento, con el rigor y la pérdida de plasticidad discursiva que conlleva, una exuberante y enriquecedora propuesta, la fotografía de los hechos no de las ideas. Particularmente preferimos la historia del pensamiento y el análisis integrador capaz de proyectar nuestro pasado hacia el futuro; que falte en este libro no es ni mérito ni demérito, es sólo una opción historiográfica.



Herbario. 1874

Andrés Galera